

**Jitrik, Noé. *Fantasma del saber (lo que queda de la lectura)*. Buenos Aires, Ampersand, 2017**

**María Florencia Antequera**  
IH IDEHESI CONICET/ UNCUYO

Este libro, en realidad, no cesa de expandirse ya que atañe a muchos otros libros. Como una constelación caleidoscópica, remite a otros textos que tomaron la palabra antes y que, por diversos motivos, son recordados por Noé Jitrik (1928), prestigioso crítico literario y escritor quien, en la actualidad, dirige el Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires y, desde 1999, la colección de doce tomos de *Historia crítica de la literatura argentina*.

El libro se propone como una ventana a las lecturas que marcaron su trayectoria y comienza con una interrogación que refulge:

¿Por qué, me he preguntado muchas veces, recuperando ese momento en el cual dejé de lado mis cuadernos escolares y vi que entre mis manos había un libro, necesité encerrarme para leerlo? Espontáneamente busqué un lugar que consideré propicio, me aislé y traté de que nadie viniera a perturbar lo que todavía no era una ceremonia secreta pero que lo era, así puedo considerarlo ahora, después de tantos años de soledades y de libros (Jitrik, 2017, p. 7).

Con la necesidad perentoria de recogimiento y aislamiento, se inicia la ceremonia por antonomasia en la vida de Jitrik, aquella que secreta y solitaria insumirá muchas horas: la lectura. En efecto, como testigo privilegiado de los iniciáticos pasos, se encuentra el pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, Rivera, donde el escritor nació. El mundo infantil al que hace referencia en *Fantasma...*, se dirimía entre la precariedad, las calles de tierra, los caballos, las vizcacheras, una casa atormentada de calor en verano y de frío en invierno. Es allí donde Jitrik encuentra los lugares acogedores para la lectura en la infancia: el cuarto que se convertía en propio, en ausencia de los hermanos; la rama hospitalaria de algún árbol; la pared del muro del taller del padre.

De algún modo y vinculado a esto que acabamos de decir, podríamos sostener que la corporalidad es central en el libro: partimos de que el acto de leer es, en primer lugar, un acto físico para Jitrik puesto que “compromete vísceras,

mente y corazón. Es como caminar, a medida que se lee, cuando uno camina, otras lecturas lo están esperando, otros mundos y otras voces" (*ivi*, p. 7). Entonces este acto físico, que se quiere solitario y al amparo de la mirada fisgona de los otros, se va conformando como un acto cuyo gozo es descomunal en algunas ocasiones y cuya potencia transforma al sujeto. El efecto de "no se es el mismo" luego de haber leído ciertos textos campea en el relato así como también la tesis de que la literatura no es solo objeto de conocimiento: puede ser también, lisa y llanamente, gratificación.

La estructuración diacrónica del libro permite rastrear sus itinerarios de lecturas desde las escenas primigenias del despertar al mundo de la letra de un niño inquieto sin biblioteca propia en un pueblo pobre, hasta las lecturas del escritor y profesor universitario, uno de los intelectuales argentinos más lúcidos y vigentes.

A modo de apuntes autobiográficos –"entresaco de mi memoria pequeñas esquirlas" (*ivi*, p. 29), dirá Jitrik–, se hilvanan descubrimientos (*La cabaña del Tío Tom*, su primer libro), textos que regresan (*Sobre héroes y tumbas* y *El túnel*, ambos de Ernesto Sábato), lecturas que iluminan (*El mundo maravilloso* de Guillermo Enrique Hudson, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* de Ezequiel Martínez Estrada), lecturas por compromiso, lecturas que literalmente quitan el sueño (Arlt, Sarmiento), otras que quitan la respiración (Rubén Darío), libros que quedan grabados (*De la grammatologie* de Jacques Derrida, Blanchot con *La parte del fuego*), textos imponentes (la obra de Antonio Di Benedetto y la de Alberto Vanasco), entre otros, sin ánimo de establecer con exhaustividad una nomenclatura.

Como decíamos, los capítulos engloban el arco temporal desde su niñez, pasando por su formación universitaria, su estadía en París, su exilio en México, el regreso a la Argentina. El libro plantea como objeto de estudio, claro está, sus propias lecturas, aquellas transformadoras, agobiantes, liberadoras o potentes. Eso sí, todas insoslayables. Por otra parte, cabe destacar que el texto dispara líneas también sobre lo dejado de lado, o bien sobre lo leído bajo la presión de darlo a estudiar en las clases de diversas universidades (la obra de Pablo Neruda, por ejemplo).

Algunas escenas rememoradas van dando el tono del relato. Una está conformada, por ejemplo, por la carencia: el no tener libros en la casa de la infancia, hace que el niño Noé recurriera a la biblioteca escolar y allí se produjera un encuentro con la acumulación y la exuberancia de la que no hubo vuelta atrás. Otra tiene como protagonista a una docente de la primaria: "desde que la maestra apoyó su mano en mi hombro y su toque cambió mi vida, el diccionario hubiera venido a colocarse en mi cerebro, permitiéndome eso, leer" (*ivi*, p. 11). Otra escena que marca la condensación de una suerte de tono intimista podría titularse: "los libros como únicos bienes del desamparado". En efecto, los libros

en la vida del joven Noé funcionaron como paliativos que hicieron olvidar las dificultades económicas, como relata brevemente: “Antes de unas Pascuas, serían las de 1949, imposibilitado de salir de vacaciones por una situación crítica de mis finanzas, decidí que lo mejor era aprovisionarme de libros para olvidar mis carencias” (*ivi*, p. 31). Sin embargo, el estudiante universitario que fue, revela que su encuentro con los libros en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA estuvo marcado por la imposibilidad de la aprehensión: “El momento de la Facultad está signada por la cantidad: cada cátedra era una marejada y mi barco, una frágil canoa, andaba a los tumbos por ahí” (*ivi*, p. 29).

De su estancia en México rescata: “*Paradiso* de Lezama Lima, la obra entera de Augusto Monterroso, los libros de José Luis González o de Julieta Campos, los de Margo Glantz, las novelas de José Bianco [...] la poesía de Alfonso Reyes” (*ivi*, p. 89) y agrega a la lista: “la autobiografía de Victoria Ocampo, los *Antipoemas* de Nicanor Parra, esos monumentales volúmenes, uno sobre Sor Juana Inés de la cruz que escribió Octavio Paz y otro sobre Hernán Cortés que escribió José Luis Martínez” (*ibidem*). Más adelante añade:

Hasta tal punto que no sé cómo pude al mismo tiempo escribir, ser profesor, tener amigos, viajar, actuar como exiliado y todo sin sentir que hiciera nada extraordinario: leer era indispensable, el camino regio para proseguir en la lejana y tantálica empresa de tratar de comprender” (*ivi*, p. 90).

Como vemos, al describir su encuentro con los libros, Jitrik descubre su itinerario vital rubricado por pasajes o desplazamientos que también ponen en el centro la cuestión del cuerpo: la partida del pueblo a la ciudad, el salto de la biblioteca popular de Rivera hacia las librerías de la gran capital, el traslado de Buenos Aires a París, el exilio de Buenos Aires a México, la vuelta de México a Buenos Aires. Si antes esbozábamos que la corporalidad es central en el ejercicio de la lectura, también lo es porque en *Fantasmas...* podemos vislumbrar una suerte de relato de viajes puesto que se hace foco en el movimiento, diacrónicamente dispuesto.

De este modo, el relato en once capítulos cuyos títulos son “Despertar”, “Desplazarse”, “Cacería”, “Vértigo” por citar solo algunos, despliegan no solo los diversos momentos de la vida del escritor junto a los libros que los caracterizaron sino que también remiten a la corporalidad de la cual hablábamos más arriba.

Si todo artista es un lector de su propia práctica, *Fantasmas...* nos acerca a un escritor cuyos libros remiten al universo autobiográfico y lo exceden. En algunos casos, se amplifican de lo autobiográfico a lo nacional y de lo nacional a lo internacional: por eso algunos libros reverberan con el peronismo, se ensanchan con el Mayo francés, con la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, están presentes sus amistades y las recomendaciones lectoras:

Mi amigo Ramón Alcalde, tal vez para burlarse de mí [...] me recomendó un ladrillo español de la peor especie: una novela que se titulaba *Fray Gerundio de Campazas*, que debió haber leído cuando curso el seminario jesuita. Apenas la abrí, la volví a cerrar y, en su lugar, saqué de la biblioteca el volumen de Aguilar de la obra completa de Dostoievski (*ivi*, p. 32).

Esta jocosa anécdota ya fue relatada en otro registro, en una entrevista de 1996 para el diario argentino *Página 12*.

Para finalizar, interesa subrayar que como todos los volúmenes de la colección dirigida por Graciela Batticuore titulada *Lector&s-*, por cierto una interesante colección que hace del encuentro con los libros su compromiso, *Fantasmas...* contiene la lista de todos los libros mencionados por Jitrik.